

Una lechuza en el campanario

Julián Monge Nájera, Editor de la Revista de Biología Tropical

Dos pequeños estudios sobre aves costarricenses, hechos por jóvenes que se inician en el fascinante campo de la biología tropical, demuestran que no se necesitan grandes laboratorios para descubrir hechos interesantes.

En su libro *Los auxiliares*, el gran naturalista francés Jean Henri Fabre nos habla así sobre la lechuza de los campanarios:

"Su grito habitual, en medio del silencio de la noche, es un soplo lúgubre, semejante al estertor de un hombre que durmiera con la boca abierta. Añadid a estos gritos horribles la oscuridad de la noche, la vecindad de iglesias y cementerios, y comprenderéis el espanto que la inocente lechuza de los campanarios ha llegado a inspirar... os explicaréis por qué tiene fama de ave fúnebre, ave de la muerte, que deja oír su voz para llamar al cementerio a un habitante de la casa que visita ...

Se le da el nombre de lechuza de los campanarios, porque habita en los agujeros de las torres y de las iglesias viejas. Puede ser que alguna noche entre a la iglesia persiguiendo a un ratón. Los primeros que la sorprendieron cerca del altar, no dejaron de cargarle en cuenta un sacrilegio, acusándola de que se bebía el aceite de la lámpara, o mejor, que se lo comía cuando estaba congelado por el frío.

La acusación ha sido cogida en flagrante delito de mentira, porque el aceite no puede congelarse en una lámpara que continuamente está ardiendo. Pero ninguno se detiene en estos pormenores para manchar la reputación del ave execrada... En realidad, las lechuzas se alimentan de ratas y ratones, que cogen en las iglesias o en nuestros graneros".

Esto era lo que se pensaba de la lechuza del campanario en la Francia de fines del siglo XIX. Aunque no sé si existe un folklor similar aquí, en nuestro país tenemos una lechuza de campanario, de la especie *Tyto alba*.

Su biología casi no ha sido estudiada, por lo cual resultan de particular interés las observaciones hechas recientemente por el señor Bernal Rodríguez.

Este joven estudiante de Biología, se interesó por una de estas lechuzas, que habitaba la cúpula de la parte trasera en la iglesia de Desamparados.

Cuando la visitó en noviembre del año pasado, ésta tenía siete años de que no había sido limpiada, y se había acumulado una capa de polvo de un centímetro de grosor.

Justo allí, en el suelo, estaban las "agagrópilas" de la lechuza, que son bolas de piel y huesos, que el ave vomita luego de digerir la presa, la cual a menudo traga entera.

El análisis de estos restos demostró que el 80 % de la comida de la lechuza fueron ratones y otros roedores. También había atrapado varias musarañas y un murciélago.

Seguramente el ave no consigue su alimento exclusivamente en la ciudad, sino también en los campos agrícolas y restos de bosque de las montañas situadas al sureste de Desamparados.



En todo caso, presta un servicio al equilibrio natural, eliminando a tantos roedores que nosotros consideramos nuestros enemigos.

Otro trabajo estudiantil que me ha parecido digno de reseñar para los lectores de Crisol, es el de la señorita Ana Cecilia Fonseca, quien durante seis semanas se dedicó a comparar las aves de dos parques capitalinos: el Zoológico Simón Bolívar, y el Parque del Este, en Sabanilla de Montes de Oca.

Su método consistió en anotar todas las especies que veía durante caminatas iniciadas poco después del amanecer. En el Parque del Este encontró 44 especies, un poco más que en el Bolívar (38 especies). En ambos lugares, cerca del 40 % eran especies migratorias, que con probabilidad solo estaban de paso.

También en ambos sitios, predominaron los pájaros que se alimentan de insectos, y fueron muy pocos los que tienen el néctar como base de su dieta.

En el Bolívar, unas pocas especies acaparan la mayoría de la población avícola, que fluctúa notablemente.

Todo esto puede servirnos como advertencia. Al ecólogo experto, tales resultados le indican que en un parque pequeño, aislado de otra vegetación, y con relativamente poca variedad de plantas, características todas del Bolívar, la población de animales como las aves es pequeña, inestable y dominada por unas pocas especies (yigüirros y viuditas, en este caso). Si la arquitectura costarricense no hubiera declarado la guerra a todo lo que son árboles y plantas, otra sería la historia.

Pero está en nuestras manos quitar la mortaja de cemento que cubre nuestro suelo urbano, y volver a sembrar un variado mundo vegetal en esa tierra, que a diferencia de nosotros, es capaz de recobrar una vez más la vida.

